

Dios ha prometido hacerte igual a los ángeles, los cuales no padecen el hambre y la sed como tú, pues están sentados a la mesa de la verdad, de la luz y de la inmortal sabiduría.

Por eso son bienaventurados, y, no obstante esta suma bienaventuranza –porque están en la Jerusalén celestial, de la cual tú eres ahora peregrino– esperan tu llegada, y se compadecen de ti, y por orden de Dios te auxilian, para que vuelvas a la patria común, y allí con ellos seas saciado finalmente en la fuente de la verdad y eternidad de Dios.

Afectos y súplicas.

¡Oh Señor! Corro a las fuentes, deseo llegar a las fuentes de agua, y es en ti donde está la fuente de la vida, el manantial que jamás se agotará, como en tu luz brilla un resplandor que nada podrá oscurecer.

Este es el resplandor que yo deseo: deseo una fuente, una luz como la que conocen mis ojos; luz para cuya vista se viene preparando mi ojo interno; fuente en la que mi sed interna desea saciarse.

Corro a la fuente, deseo la fuente; y no corro así como así, ni como un animal cualquiera, sino que corro como el ciervo. No hay lentitud en el correr, sino que es un correr incansable, un continuo anhelar la fuente.

Sedienta está mi alma de ti, Dios de la vida; *como anhela el ciervo sediento las fuentes de aguas, así, Dios mío, clama a ti mi alma* (Sal. 41 2).

¡Cuándo será que yo llegue y me presente delante de ti! Tal es la sed que me devora de llegar y de presentarme ante ti. Padezco sed en el destierro, sed en la carrera, pero no me hartaré sino a la llegada. ¿Cuándo será que yo llegue? Lo que para ti es muy pronto, para mí es lentísimo.

Una sola cosa te pido, ésta solicitaré siempre, y es la de habitar en tu casa todos los días de mi vida (Sal. 26 4). Sí; que yo habite en tu casa y allí contemple tu felicidad.

Ahora, mientras vivo en este mundo, mientras medito, corro, soy peregrino; mi pan día y noche son las lágrimas de mis ojos.

Dulces me son las lágrimas, pues sediento como estoy de aquella fuente, a la que ahora no puedo acercar mis labios, más ávidamente bebo mis lágrimas, y al tratar de apagar mi sed en ellas, se excita más y se hace más ardiente, sin duda, el deseo que tengo de las fuentes.

Tanto en las prosperidades como en las adversidades del mundo, derramo lágrimas de deseo; y, sin embargo, el ardor de mi deseo no disminuye. Aun cuando todo en el mundo fuera de mi gusto, tendré siempre este desasosiego hasta que llegue el momento de presentarme ante ti.

Meditando con San Agustín Bienaventurados los hambrientos

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de ser justos, porque se saciarán. Tú deseas ser saciado. Importa saber de qué.

1° Ten hambre y sed de ser justo, si quieres ser saciado.

Si es de carne de lo que deseas saciarte, pasada la hartura volverás a tener hambre. *El que bebe de esta agua, dijo Jesús a la Samaritana, volverá a tener sed* (Jn. 4 13).

Si por la medicina que se aplica a la herida, ésta sana, cesa el dolor; pero el remedio que se aplica contra el hambre, el alimento, se pone solamente como un alivio transitorio. Pasada la hartura, vuelve el hambre. Todos los días se hace uso de este remedio, que sacia el hambre; pero no se consigue con él que desaparezca la causa de la enfermedad.

Ten, por tanto, hambre y sed de justicia, para que seas alimentado con la misma justicia, que ahora deseas.

El hombre interior es el que debe sentir esta hambre y sed: dispone de alimento y bebida adecuados.

2° Tiene la justicia sus propias dulzuras.

Ama la justicia; ten hambre de ser justo.

¿Tiene sus dulzuras la maldad, y no ha de tenerlas la justicia? ¿Ha de deleitar el mal, y no ha de deleitar el bien?

Deleita, sin duda, pero es Dios el que te ha de dar la suavidad, y tu corazón el que dará su fruto. Si Dios no diera antes su suavidad, la tierra de tu corazón quedaría totalmente estéril.

Desea ser justo, y todas las demás cosas te parecerán viles. Todo lo que tenías en grande estima se convertirá en daño, detrimento y basura.

Más que cualquier otra cosa te debe deleitar la justicia. No significa esto que no deba haber otras cosas que te agraden, sino que la justicia te debe agradar más que todas las demás.

Hay ciertamente cosas que instintivamente agradan a nuestra naturaleza, como es, por ejemplo, la comida y la bebida al que tiene hambre y sed. También deleita la luz que se difunde en el cielo a la salida del sol; agrada asimismo una voz dulce cuando canta alguna suave melodía; gusta un buen perfume y deleita a nuestro tacto cualquier cosa que produce en nosotros una sensación agradable.

De todos estos placeres sensitivos algunos son lícitos y otros no.

Deléitanse, por ejemplo, nuestros ojos con los grandiosos espectáculos de la naturaleza, como también se deleitan con los espectáculos de los teatros paganos. Lo primero es lícito; lo segundo, ilícito.

Un himno sagrado, suavemente cantado, deleita nuestro oído; pero también le deleita el canto de los histriones. Este deleite es ilícito; el otro, en cambio, lícito.

Deleitan al olfato los perfumes de las flores, que son criaturas de Dios, como también le deleita el aroma del incienso, que se quema delante de los ídolos. Lo primero es lícito, lo segundo ilícito.

Deléitase el paladar con manjares que no están prohibidos, como también deleitan las viandas que han servido de sacrificio sacrilego ante el altar de los dioses paganos; pero este deleite tampoco es lícito.

Ya ves, pues, cómo hay en estos sentidos del cuerpo satisfacciones lícitas y satisfacciones ilícitas. Ahora bien: el deleite de la justicia debe ser tal, que supere a todos los permitidos, de modo que lo antepongas a todo placer de que pudieras lícitamente gozar.

3º Grados en el amor de la justicia.

Ama la justicia, y sabe que en este amor hay diversos grados.

1º Lo primero es **no anteponer a este amor ninguna cosa de las que causen placer**: en esto consiste el primer grado.

Prefiere los deleites del espíritu al deleite de la carne, porque tu carne se complace generalmente en los placeres ilícitos. Deléitese tu mente con la invisible, bella, casta, santa, armoniosa y dulce justicia, de modo que no seas impelido a ello por el temor.

Si el temor te impulsa a amar la justicia, es señal de que aún no te deleita. Debes huir del pecado, no por temor al castigo, sino por amor a la justicia.

Dime, si no: cuando pecabas, te complacías en tus pecados; pero ¿era el temor el que te inducía a pecar o era el deleite del pecado? «No fue el temor, sino la suavidad», me responderás. El placer, pues, es el que te induce a pecar, ¿y ha de ser el temor el que te incline a la justicia?

Compara la justicia y la maldad. ¿Es por ventura de igual valor la justicia como lo fue la maldad? ¿Ha de ser amada la justicia como lo fue la iniquidad? De ningún modo; pero, ¡ojalá aquella fuese amada siquiera como ésta!

¿Cuántas cosas no deleitan ya a los adelantados, que antes agradaban? Se mortificaban no consintiendo en ellas cuando deleitaban; y ahora que ya no deleitan, están del todo mortificadas. Ha muerto un placer, pero vive otro. Este lo mortificas mientras no lo consientes; y cuando comencare a no deleitarte de ningún modo, lo tendrás mortificado.

2º Es poco despreciar todo lo que te causaba placer; **desprecia también lo que te atemorizaba**: la cárcel, las cadenas, los tormentos y la muerte.

Como antes te entregaste al mal por el incentivo del placer, así debes ahora soportar el dolor por amor a la justicia, con lo que habrás dado un paso adelante.

Debes ser justo contigo mismo y castigarte: esta es la primera justicia del hombre, que te castigues como malo para que Dios te haga bueno.

Toda iniquidad, sea grande o pequeña, debe ser castigada, o por el mismo hombre penitente, o por Dios vengador. En una palabra: o castigas, o castigo. ¿No quieres que castigue El? Castiga tú. Pues a quien le duele lo hecho, se castiga a sí mismo.

3º Principio de tu justificación es **la confesión de tus pecados**. Cuando comienza a desagradarte lo que hiciste, entonces empiezan tus buenas obras, porque acusas las tuyas malas.

El principio de las obras buenas es la confesión de las malas. En cuanto desistes de buscar excusas de ellas, comienzas a ser santo, y esta santidad será perfecta en ti cuando no tengas otro anhelo que deleitarte en ella.

Conseguirás esta perfección cuanto no te soliciten ya las pasiones, cuando cese toda lucha contra la carne y sangre, cuando obtengas la corona de la victoria y el triunfo sobre tu enemigo, y cuando, en fin, la muerte haya sido absorbida por la victoria: entonces alcanzarás la santidad en toda su perfección.

4º Para alcanzar la justicia, hace falta tener hambre y sed de ella.

¿Has conseguido ya estas victorias? Pues bien: has conseguido también la justicia.

Ya sea en uno, ya sea en otro grado, demuestra que verdaderamente amas la justicia.

Cuando desees obtener alguna cosa, te enciendes en deseo de conseguirla, de modo que ese deseo es como una sed del alma.

Todos los hombres se encuentran inflamados de diversos deseos; pero apenas hay uno que pueda decir que su alma arde en deseos de ser justo.

Los hombres tienen sed del mundo, porque no se dan cuenta de que viven en un desierto, donde es necesario que su alma tenga sed de Dios.

Tú, ten sed de sabiduría y de justicia; pero no olvides que no serás saciado ni lleno sino cuando concluya esta vida y llegues a poseer el premio prometido por Dios.